SAN PABLO

MAESTRO DE LA IGLESIA Y APÓSTOL DE LOS PUEBLOS

San Pablo. Maestro de la iglesia y apóstol de los pueblos. 4. ¿Un nuevo Dios? / Gustavo Enrique Zamora Guzmán, Pbro. – 1ª ed. – Bogotá: Fundación Universitaria Monserrate (Unimonserrate), 2025.
Libro digital, PDF.
Archivo digital: descarga y online.
ISBN: 978-958-8486-74-1
1. San Pablo. 2. Maestro de la iglesia. 3. Iglesia. 4. Teología. 5. Pastoral.

Fundación Universitaria Monserrate – Unimonserrate
Escuela de Ciencias Humanas y Sociales (ECHyS)
Programa de Teología
Seriado Bíblico Teología
ISBN: 978-958-8486-74-I

Rector
Ricardo Alonso Pulido Aguilar, Pbro.

Vicerrector Académico
Hugo Orlando Martínez Aldana, Pbro.

Vicerrector Administrativo y Financiero
Fabi Said Castro Castilla, Pbro.

Vicerrector de Pastoral y Bienestar
Marcos Alexander Quintero Rivera, Pbro.

Director de Investigación
Hugo Orlando Martínez Aldana, Pbro.

Decano (ECHyS)
Danny Julián Barón Cortés, Pbro.

Coordinadora de Investigación (ECHyS)
Margie Lisseth Marroquín Prieto

Director de Teología
Luis Fidel Suárez Puerto

Autor
© Gustavo Enrique Zamora Guzmán, Pbro.

Comité Editorial
Luis Fidel Suárez Puerto, Pbro.
Martín Gil Plata, Pbro.
Rubén Darío Hernández Perdomo, Pbro.
Camilo Andrés Barrera Alvarado

Corrección de estilo
Liz Anguelly Trujillo Puentes

Dirección editorial
Manuel Alejandro Briceño Cifuentes

Diseño y diagramación
Jeferson Camilo Hernández Galeano

© 2025, Fundación Universitaria Monserrate – Unimonserrate
Primera edición: septiembre 2025

Todas las imágenes de la presente publicación fueron generadas con la herramienta de Inteligencia Artificial *Gemini AI* y su contenido está relacionado con los títulos de la presente entrega.

Editorial Universitaria Unimonserrate
Correo: editorialuniversitaria@unimonserrate.edu.co

Licencia Pública Internacional — CC BY-NC-SA 4.0
Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0

Presentación

La serie teológica «San Pablo» pone la persona y el pensamiento del apóstol de los pueblos al alcance de todos. Los lectores encontrarán en esta colección interesantes herramientas que les facilitarán un conocimiento más profundo del mensaje paulino, y de su gran influencia en el cristianismo naciente, así como de su innegable importancia para la Iglesia de todos los tiempos.

Cada publicación está enriquecida con elementos exegéticos, teológicos y pastorales. Además, contiene abundantes referencias bibliográficas, lo que permitirá a los lectores seguir ahondando en cada una de las temáticas desarrolladas.

Esta serie tiene como punto de partida la vida del apóstol, en su triple contexto judío, griego y romano. Una vida que, sin duda alguna, estuvo fuertemente marcada por la cristofanía acaecida en la vía que conduce a Damasco (cf. Hch 9,1-19; 22,5-16; 26,9-18). A partir de aquel evento el pensamiento del fariseo tarsiota cambió totalmente. La Torá, el culto y las obras de caridad que, por cerca de 30 años, constituyeron el fundamento de su fe dieron paso a Cristo «y este Crucificado» (cf. 1Cor 1,23).

Después del acercamiento a la vida del apóstol, la serie aborda temáticas de gran interés, como la relación de Pablo con la epistolografía greco-romana y con la retórica clásica, la manera como él concebía las verdades de fe del cristianismo naciente y sus estrategias evangelizadoras.

Por tanto, esta colección va dirigida a quienes ya poseen conocimientos bíblicos y teológicos en torno a la figura y al pensamiento de San Pablo. En cada publicación se podrán refrescar dichos conocimientos y adquirir otros que ofrecen las recientes investigaciones bíblicas y arqueológicas.

También son destinatarios quienes están empezando a incursionar en el mundo de los estudios bíblicos y teológicos. El lenguaje de cada entrega hace posible que cualquier lector pueda comprender sin dificultad los distintos argumentos que allí se desarrollan.

Ministros, catequistas, animadores de las diferentes pastorales, miembros de movimientos y grupos apostólicos, entre otros, pueden encontrar en esta serie un valioso apoyo para la labor evangelizadora que se les ha confiado. Y quién mejor que el apóstol de las gentes para ayudar a todos a entender de qué manera la Iglesia podría dar a conocer el evangelio a todos los pueblos hoy en día. Recordemos, ella «existe para evangelizar» (cf. Evangelii Nuntiandi 14).

La colección *San Pablo. Maestro de la iglesia y apóstol de los pueblos* aborda de manera general cinco grandes temáticas, que son las siguientes:

1. La vida de Pablo: a través de una sencilla entrevista son presentados los principales eventos de la vida del apóstol. Esta entrevista ofrece, además, un primer acercamiento al pensamiento teológico y a la labor evangelizadora de esta gran figura del s. I.

2. La relación con el mundo intelectual: sin duda, la epistolografía greco-romana, así como la retórica clásica fueron vistas por Pablo como excelentes herramientas para la realización de su gran anhelo, dar a conocer a Cristo a todos los hombres de su tiempo.

3. El Epistolario Paulino: San Pablo vio en la epistolografía un modo concreto y eficaz de seguir estando presente en medio de las comunidades que había fundado en sus viajes misioneros. Además, las distintas cartas que conforman el Corpus Paulinum (siete protopaulinas, tres deuteropaulinas y trestritopaulinas) son el mejor testimonio de la predicación de Pablo y de su gran influencia en la teología cristiana naciente.

4. El Pensamiento Paulino: si bien es cierto que San Pablo no escribió ningún tratado de teología, sus cartas, caracterizadas por dar respuesta inmediata a las problemáticas surgidas en las comunidades por él fundadas, nos ofrecen la posibilidad de comprender cómo entendía él las verdades fundamentales del cristianismo. La centralidad del sacrificio de Cristo, el misterio trinitario, el mesianismo de Jesús, la justificación por la fe, los sacramentos, la Iglesia, el hombre y la parusía son algunos de los argumentos que el apóstol desarrolla en sus misivas.

5. La labor evangelizadora del apóstol: A partir de la «experiencia fundante» camino a Damasco, San Pablo se esforzó por anunciar en muchos lugares del Imperio Romano el evangelio que a él fue revelado. Es Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, quien mejor describe los distintos viajes misioneros del apóstol: sus estrategias, sus dificultades, sus logros y sus fracasos.

Así, el presente trabajo consta de 10 publicaciones en serie cuya periodicidad y difusión se hará de manera semestral. A continuación compartimos los nombres de todas los títulos que compondrán esta colección:

1. Pablo, ¿quién eres tú?
2. Un hombre del siglo I
3. Las redes sociales paulinas
4. ¿Un nuevo Dios?
5. Un Cristo muy particular
6. El verdadero Mesías
7. ¿La fe o las obras?
8. Tres cuerpos
9. Un regreso no tan inmediato
10. El apóstol viajero

Esperamos que su lectura sea de provecho y agrado.

Gustavo Enrique Zamora Guzmán, Pbro.

¿Un nuevo Dios?

DIOS DE SAN PABLO

En las tres entregas anteriores hemos podido acercarnos a la vida y a los escritos del apóstol de las gentes. Hemos constatado que Saulo Pablo fue, ante todo, judío (2Cor 11,22; Flp 3,5; Hch 22,3), pero un judío que llegó a creer firmemente que Jesús es el Mesías que Israel esperaba y del que habían hablado algunos de los profetas del Primer Testamento (Hch 17,2-3). Además, nos hemos podido dar cuenta de que su encuentro con Jesucristo, en el camino que conduce a Damasco, (Hch 9,3-6; 22,6-10; 26,12-18) encendió en él un asombroso ardor misionero (1Cor 9,16) que lo llevó a recorrer numerosos lugares del Imperio Romano (Hch 13,4; 16,6-10; 19,21) buscando convencer a judíos y paganos de una única verdad: Jesús, el Hijo de Dios (Rm 1,3-4), es el Salvador, en quien todo hombre, sea judío o pagano, puede encontrar la justificación (Rm 3,22.28; Ga 2,16).

Este encuentro con el Resucitado y la vasta labor evangelizadora lo llevaron a escribir o dictar diversas cartas, a través de las cuales continuó instruyendo a sus discípulos en todo lo concerniente a la fe en Jesús y al comportamiento que de esa fe debía desprenderse.

A partir de esta cuarta entrega de nuestra serie nos adentraremos en el pensamiento del incansable misionero tarsiota, profundizando en su comprensión de la novedad de Cristo y cómo esa visión transformó no solo su propia vida (Flp 3,7-8), sino también la de quienes acogieron su mensaje (2Cor 5,17; Ef 2,13).

1. La teología de Saulo Pablo[1]

Cuando hablamos de teología paulina debemos tener en cuenta que las cartas del apóstol no son una descripción metódica de su pensamiento ni pueden ser catalogadas como un "tratado de teología" en el sentido contemporáneo de la expresión. Esto se debe a que «Pablo no es un teólogo sistemático; por lo tanto, cualquier intento de sistematización tiende a responder más a las preguntas del exegeta que a los esquemas propios del pensamiento paulino»[2].

La teología del apóstol surge de su experiencia como misionero y pastor, fundador e incansable animador de las comunidades (1Cor 4,15; 2Cor 11,28). Se trata de una teología que va de la mano de las respuestas y soluciones que ofrece san Pablo a las necesidades, problemáticas y cuestionamientos de las iglesias por él fundadas y/o visitadas. Como sabemos, una de las notas distintivas de las epístolas paulinas es la circunstancialidad (1Cor 7,1; 8,1; 12,1). En medio de la resolución de conflictos y de la aclaración de dudas, el apóstol desarrolla temas doctrinales de suma importancia para la Iglesia.

Cabe agregar que las enseñanzas del fariseo tarsiota son, igualmente, un reflejo de su espiritualidad, un fruto de su encuentro con el Señor en la oración[3].

[1] Al hablar de teología paulina estamos admitiendo la existencia de otras teologías en el Nuevo Testamento. Esto nos debe llevar a conocer muy bien y a respetar la teología del apóstol y a no confundirla ni mezclarla con la de los evangelistas o cualquier otro hagiógrafo neotestamentario. Con esto no se está afirmando la imposibilidad de una *teología del Nuevo Testamento*, ni tampoco la existencia de contradicciones entre Saulo Pablo y las teologías de otros autores. Todos los libros del Nuevo Testamento atestiguan «una fe en un solo Señor, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos» (Ef 4,5-6).

[2] DE LA SERNA, EDUARDO, «Aproximación a la teología paulina», *Theologica Xaveriana,* 58 (2008), 53.

[3] BAUR, FERDINAND CHRISTIAN, *Paul the Apostle of Jesus Christ: His Life and Works, His Epistles and Teachings,* (Two volumes in one), 663.

La teología de Saulo Pablo

> Entender el mensaje de Pablo significa entender la persona de Pablo y, por encima de todo, al Pablo místico […] Reseguir el epistolario paulino equivale a adentrarse en la geografía espiritual, en los trayectos interiores de quien fue maestro de los pueblos, doctor gentium […] El fundamento de la espiritualidad de Pablo es el reconocimiento agradecido de una visita interior, luminosa y definitiva, que le ha llevado a conocer el designio del Padre revelado en Jesus, su Hijo[4].

Por último, basta recordar que, en la teología de san Pablo, la tradición juega un papel crucial. El apóstol no parte jamás de cero, aunque tampoco es un simple repetidor de lo que otros han dicho[5]; más bien, reinterpreta y profundiza la herencia teológica recibida y la adapta a las necesidades de las comunidades que sirve. Por ejemplo, en 1Cor 11,23-25, el apóstol explica que lo que enseña acerca de la cena del Señor lo ha recibido de quienes llegaron a la fe en el Mesías Jesús antes que él:

> Porque yo recibí del Señor lo que les transmití: que el Señor Jesús, la noche en que era entregado, tomó pan, dando gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se entrega por ustedes; hagan esto en memoria mía». Asimismo, tomó el cáliz después de cenar, diciendo: «Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la beban, háganlo en memoria mía».

Algo similar leemos en 1Cor 15,3-6, donde el tarsiota recuerda a sus lectores el núcleo de la fe que profesan:

> Porque les transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron.

En síntesis, la teología de Saulo Pablo no surge en el vacío, sino en el fértil terreno de una tradición que él ha sabido acoger, comprender y transmitir de forma creativa, bajo la guía del divino Espíritu (2Tm 1,14).

2. El Dios de los Padres y del Mesías

El Dios en el que Saulo Pablo creyó desde su infancia hasta su martirio fue el mismo que adoraban los demás israelitas, o sea, el Dios del Primer Testamento, de la alianza con Abraham, Isaac y Jacob (Gn 12,1-13; 26,1-5; 28,13-15); el que hizo salir a Israel de la esclavitud de Egipto (Ex 3,7-10; 12,31-42) para conducirlo a una tierra que mana leche y miel (Ex 3,8, Dt 26,9). Este mismo Dios fue quien devolvió a su pueblo a la tierra prometida tras la dura prueba del exilio en Babilonia (Is 40,1-2; Jer 29,10-14). A este Dios es a quien Saulo adoraba con todo su corazón (Hch 22,3; 24,14; 2Tm 1,3).

El encuentro con el Mesías camino a Damasco no significó jamás un cambio de divinidad ni de religión. En las Escrituras Sagradas de Israel, Pablo siguió descubriendo la voluntad del Eterno para su vida y para su pueblo. En las cartas que envió a sus iglesias es característico encontrar numerosas citaciones de estas Escrituras[6], pues para él ellas fueron siempre santas

[4] PUIG, ARMANDO, «La revelación de Jesucristo como base de la teología de Pablo», en: AA.VV., *El apóstol Pablo: Teología, misión, historia de la recepción,* 72-73.

[5] Cf. DE LA SERNA, EDUARDO, «Aproximación a la teología paulina», *Theologica Xaveriana,* 58 (2008), 54.

[6] Alrededor de 424 veces (entre citaciones directas e indirectas), en las cartas protopaulinas.

El Dios de los Padres y del Mesías

(Rm 1,2; 2Tm 3,15), inspiradas por Dios y útiles «para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2Tm 3,16).

Sin embargo, gracias a la cristofanía de Damasco, el Dios Uno y Único, que guía incesantemente a su pueblo mediante las Sagradas Escrituras, empezó a ser el Dios *Trinitario:* Padre, Hijo y Espíritu Santo. No se trata de un nuevo Dios, sino de una manera más plena de conocer y de relacionarse con el Dios que siempre había adorado.

En 1Cor 12,4-6 encontramos una alusión a la Trinidad[7]. El apóstol reconoce y proclama la diversidad de carismas, ministerios y actuaciones con que Dios, el Señor Jesús y el Espíritu Santo han favorecido a la comunidad de Corinto: «Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos». Veamos cómo se distribuye este texto, la estructura misma habla a favor de su *trinitariedad*[8]:

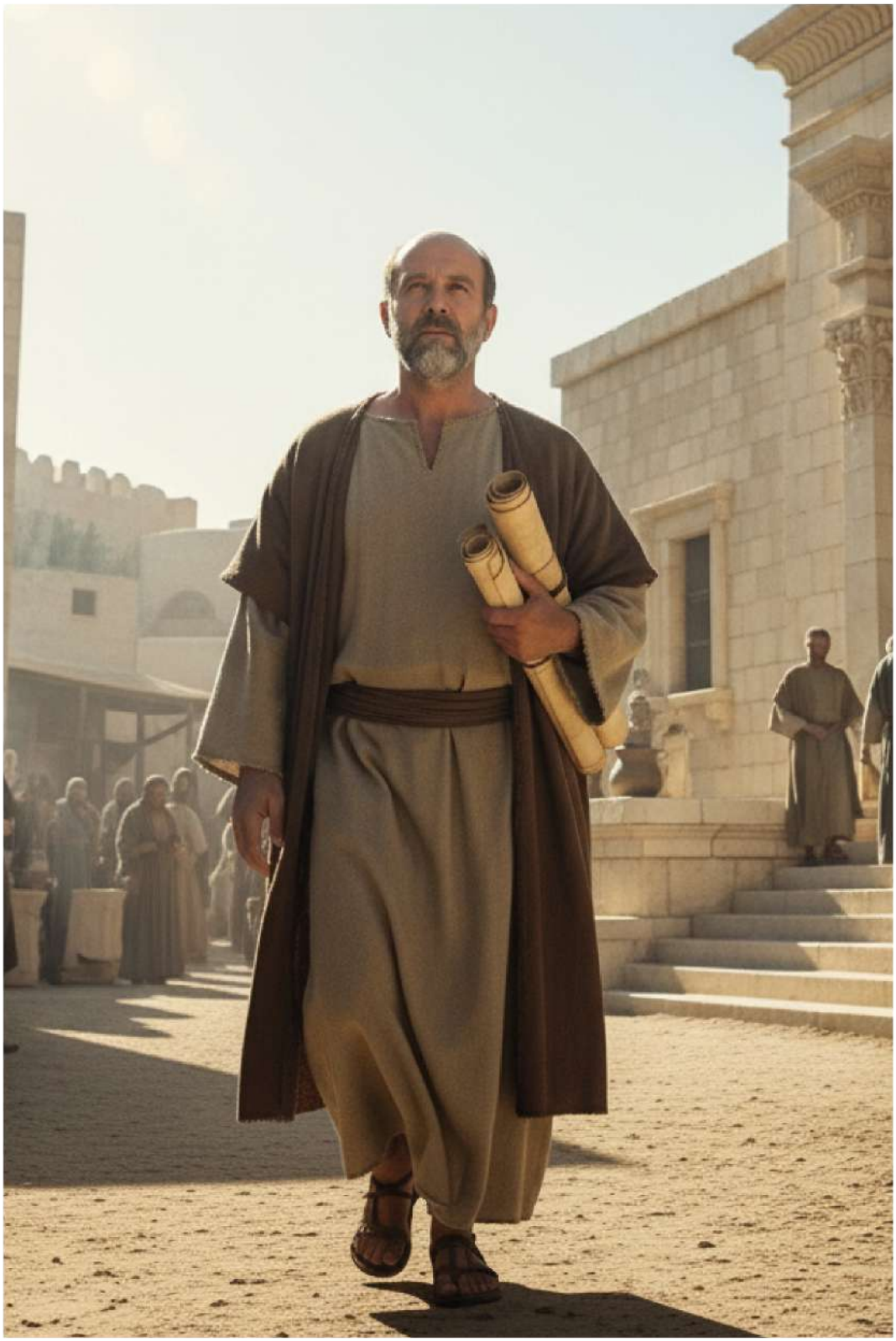
Carismas	→	**Espíritu Santo**
Ministerios	→	**Señor (Jesús)**
Actuaciones	→	**Dios (Padre)**

Debemos agregar que 1Cor 12,4-6 no es la única afirmación trinitaria en la literatura paulina[9]. En 2Cor 13,13, en el contexto de los saludos finales y las bendiciones de la carta, encontramos la que podríamos considerar la más importante profesión trinitaria en el Corpus

[7] G.D. Fee, sostiene que 1Cor 12,4-6 es la primera clara afirmación trinitaria del Nuevo Testamento. Una afirmación, sin embargo, todavía tímida y poco profunda, ya que nada se dice de la relación entre las Personas divinas, ni del modo como ellas, aún actuando de modos diversos, constituyen una unidad. Cf. ID., *First Corinthians,* 588. D.A. Carson asevera que los autores del Nuevo Testamento que hablan de la Trinidad lo hacen de manera consciente y no ingenua. Ellos no dudan en aceptar que el Hijo y el Espíritu Santo sean también Personas divinas. Cf. ID., *Showing the Spirit,* 33-34.

[8] Aquí las opiniones son diversas y, en algunos casos, opuestas entre sí. Encontramos diversos estudiosos, la mayoría, que afirman que realmente estamos de cara a un texto trinitario y que el interés del apóstol es enseñar a los corintios que la Trinidad es el origen de la variedad de carismas, ministerios y actividades que se dan entre ellos. Así lo piensa, por ejemplo, G.D. Fee, que afirma que 1Cor 12,4-6 constituye la clave teológica fundamental para entender todo el capítulo 12, una clave que evidentemente es trinitaria, ya que el Dios Trino es el origen de todos los dones de los que el apóstol trata en los versículos sucesivos. Cf. ID., *First Corinthians,* 586. En esta línea encontramos también a R.E. Ciampa y B.S. Rosner que afirman que los versículos que siguen a 4-6, tienen una estructura trinitaria, a saber: los versículos 7-11 se centran en el Espíritu Santo, los versículos 12-14 en Cristo, el Señor, y los versículos 15-31 en Dios Padre. Cf. ID., *The First Letter,* 567. B. Witherington III afirma que el interés de Pablo no es solo demostrar la importancia que tiene para los creyentes el vivir la unidad, sino hacer comprender que el origen, modelo y fundamento de dicha unidad es la Trinidad, pues en ella se dan perfectamente la unidad de las Personas y la diversidad de funciones (cada Miembro de la Trinidad realiza una determinada acción en favor de todos los creyentes). Cf. ID., *Conflict and Community,* 475-476). Otro autor a favor de lo apenas dicho: C. HODGE, *A Commentary*, 266.

[9] D. Guthrie y R. P. Martin afirman que existen tres tipos diversos de pasajes en los que Pablo hace referencia a la Trinidad. En primer lugar, los que tienen una clara forma triádica, que podrían denominarse fórmulas trinitarias. Estos son: 1Cor 12,3-7; Ef 1,3-14; 2,18; 4,4-6. El más importante en este primer grupo es, sin lugar a duda, 2Cor 13,13. El segundo tipo consiste en pasajes en los que se mencionan en conjunto las tres personas, pero sin ninguna estructura triádica clara; estos son: Ga 4:4-6, Rm 8:1-4; 2Ts 2,13-14; Tt 3,4-6. La estrecha vinculación de Padre, Hijo y Espíritu en estos pasajes no puede ser considerado como accidental. En tercer lugar, textos en los que las acciones que normalmente se atribuyen a Dios, aquí vienen atribuidas a Cristo (por ejemplo, la creación, cf. Col 1,15-20; 1Cor 8,6) o al Espíritu Santo (por ejemplo, actos de poder, cf. Rm 8,5- 11). Cf. ID., «God», 366-367.



La divinidad de Jesús

Paulinum: «La gracia del Señor Jesucristo y el amor del Padre y la comunión del Santo Espíritu sean con todos ustedes»[10]. Esta es la fórmula con la que los cristianos nos saludamos al inicio de la asamblea eucarística. En el texto griego, al hablarse de Dios, se usa el artículo. Por lo general, cuando esto sucede se alude al Padre, o sea, a la primera Persona de la Trinidad[11].

3. La divinidad de Jesús[12]

Al contrario de lo sostenido por algunos estudiosos, aquí afirmamos que Pablo aceptó y predicó la divinidad del Mesías Jesús. Esta no fue una invención suya, sino una verdad que recibió de la tradición de los discípulos del Nazareno que lo precedieron. Para Pablo, la afirmación de la divinidad de Jesucristo no solo estaba enraizada en la experiencia de la resurrección, también en el testimonio vivo de la comunidad primitiva, que veía en Jesús el cumplimiento pleno de las promesas mesiánicas de las Escrituras.

Es crucial señalar que el movimiento jesuano nunca intentó añadir un nuevo dios al panteón romano, ni traicionar el monoteísmo del pueblo judío. Tampoco buscó «disolver la persona de Jesús en la infinitud del Dios de Israel»[13]. Por el contrario, los primeros seguidores del Mesías de Nazaret entendieron que Jesús, aunque compartía la misma naturaleza divina con el Padre, no rompió la unidad esencial del único Dios. Para ellos, Jesús era el Hijo de Dios, plenamente divino y plenamente humano, cuya relación con el Padre enriquecía y profundizaba la comprensión del monoteísmo judío sin contradecirlo.

A continuación, nos enfocaremos en tres pasajes clave de las epístolas paulinas que evidencian cómo, para el apóstol de las naciones, la divinidad de Jesús no solo fue una verdad aceptada, sino un pilar esencial de su mensaje teológico y de su proclamación del evangelio.

3.1. 1Cor 8,4-6

El primer texto que será objeto de nuestro análisis es:

> Ahora bien, respecto del comer lo sacrificado a los ídolos, sabemos que el ídolo no es nada en el mundo y no hay más que un único Dios. Pues aun cuando se les dé el nombre de dioses, bien en el cielo bien en la tierra, de forma que hay multitud de dioses y de señores, para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros por él.

Claramente, el trasfondo de estas palabras es el Shemá[14], que inicia: «Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh» (Dt 6,4). Sin embargo, Pablo reelabora esta oración fundamental de los judíos diciendo: «Un solo Dios… y un solo Señor, Jesucristo».

[10] Un interesante estudio de esta fórmula, que aparece al inicio de la celebración de la Misa, lo encontramos en R. Penna, *L'Evangelo come criterio di vita,* 41-48.

[11] Otro ejemplo lo podemos ver en el *Prólogo de Juan*. Cuando el evangelista quiere hablar de la naturaleza divina usa el sustantivo «Dios» sin artículo; pero cuando desea referirse al Padre, usa el sustantivo «Dios» con artículo (Jn 1,1).

[12] Cf. J.A. Fitzmyer, *Teología de San Pablo,* 24-25 (versión digital).

[13] Estrada, Bernardo, «La teología de Pablo: líneas maestras», en: AA.VV., *El apóstol Pablo: Teología, misión, historia de la recepción,* 110.

[14] Es una de las plegarias centrales de la fe judía. Los antiguos judíos combinaban versículos de Deuteronomio 6,4-5 con otros pasajes de la Torah (Dt 11,13-21; Nm 15,37-41) y oraban estas palabras todas las noches y todas las mañanas.

Con esto, el apóstol deja claro que él sigue profesando la fe en el Dios único. Al igual que los demás judíos, reconoce que el Padre es el origen de todos y de todo, «del cual proceden todas las cosas y para el cual somos» (v. 6). Pero, a diferencia de muchos de sus hermanos de raza y religión, proclama la igualdad entre el Mesías y el Padre.

Esta verdad predicada por Pablo, creída y enseñada por los seguidores de Jesús anteriores al tarsiota, se vislumbra ya en el Primer Testamento, en pasajes que personifican la sabiduría de Dios. Veamos algunos ejemplos que inspiraron a los primeros creyentes en Jesucristo: }

> «Yahveh me creó, primicia de su actividad, antes de sus obras antiguas […] Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba la bóveda sobre la superficie del océano […] yo estaba junto a Él, como aprendiz, yo era su alegría cotidiana, jugando todo el tiempo en su presencia» (Pr 8,22.27.30).

El otro texto, muy similar al anterior, dice: «Antes de todo fue creada la sabiduría, la inteligencia prudente desde la eternidad» (Eclo 1,4). A su vez, el libro de la Sabiduría nos presenta esta oración:

> «Contigo está la Sabiduría que conoce tus obras, que estaba a tu lado cuando hacías el mundo, que conoce lo que te agrada y lo que es conforme a tus mandamientos […] Ella, que todo lo sabe y comprende, me guiará prudentemente en mis empresas y me protegerá con su gloria» (Sb 9,9.11).

Otros textos veterotestamentarios no hablan expresamente de la sabiduría, sino de la Palabra de Dios, mediante la cual todo fue creado: «Pues él habló y así fue, él lo mandó y se hizo» (Sal 33,9); «Por la Palabra del Señor fueron hechas sus obras, y la creación está sometida a su voluntad» (Eclo 42,15b).

Cuando Pablo, en 1Cor 8,6, habla de «un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros por él», alude a esta sabiduría preexistente de Dios y a la Palabra por la cual todo llegó a existir. Indudablemente, para Saulo Pablo, como para las comunidades creyentes de las que él aprendió las verdades cristológicas, Jesús es el mediador preexistente por quien Dios dio origen a todo cuanto existe.

3.2. Flp 2,6-11

El himno que presenta la carta a los Filipenses, tomado de la liturgia de las comunidades cristianas prepaulinas, alaba a Cristo así:

> El cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo. Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al Nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre.

Aunque este texto aborda principalmente la cuestión de la *kénosis*[15] del Hijo de Dios, también ofrece elementos que permiten sostener la divinidad de Jesús.

Analicemos el v. 6. Textualmente, dice: «el cual, en forma de Dios siendo/existiendo no consideró como presa[16] el ser igual a Dios». Aparece aquí la palabra griega morphē, que será nuevamente utilizada en el v. 7. Según la Biblia de Jerusalén, en la nota al v. 6, el significado de morphē es casi idéntico al de «imagen» (eikōn). Los dos términos (morphē y eikōn) son utilizados indistintamente por los traductores de la Septuaginta. De esta manera, la «forma de Dios» es sinónimo de la «imagen de Dios», apelativo que reciben Adán (Gn 1,27; 1Cor 11,7), y Cristo (2Cor 4,4).

Adán, «la primera imagen de Dios» sobre la tierra, consideró como algo de poco valor dicha prerrogativa. Movido por la arrogancia, no contento con ser «imagen», quiso llegar a ser dios, como el Creador. Esta orgullosa ambición lo llevó a desobedecer el mandato del Hacedor (cf. Gn 2,16-17; 3,6), ocasionando la pérdida de los dones preternaturales[17].

El himno litúrgico que ahora estudiamos deja claro que, a diferencia del primer Adán, «el segundo Adán», Jesús, obedeció en todo al Padre (cf. Rm 5,19; Mt 26,39; Jn 4,34; 6,38; 8,29) y «se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo» (Flp 2,7). Por medio de esta obediencia perfecta, Cristo reparó la desobediencia del primer Adán, venciendo el pecado y otorgando a la humanidad vida nueva y salvación definitiva (Rm 5,18; 1Cor 15,21-22.45; Ef 2,4-5; Heb 5,8-9).

Adentrándonos en el v. 6, concretamente en la segunda parte - «no consideró como presa el ser igual a Dios» - , podemos aseverar que la divinidad de Jesucristo es confesada aquí con absoluta claridad. Esto se corrobora más adelante al declararse que, por la *kénosis* del Hijo, «Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al Nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre» (vv. 9-11).

Las palabras «Dios lo exaltó» (v. 9a) hacen referencia a la potestad que el Padre ha conferido al Mesías sobre todos y todo. La expresión «toda lengua» (v. 11a) acentúa esta soberanía.

La proposición «al Nombre de Jesús toda rodilla se doble» (v. 10a) es un eco de aquello que el Señor pronuncia en Isaías 45,23-24:

> Yo juro por mi nombre; de mi boca sale palabra verdadera y no será vana: Que ante mí se doblará toda rodilla y toda lengua jurará diciendo: ¡Sólo en Yahveh hay victoria y fuerza! A él se volverán abochornados todos los que se inflamaban contra él.

Este pasaje del *deutero-Isaías* es uno de los textos del Primer Testamento que resalta con mayor intensidad la soberanía y autoridad exclusivas de Dios. En nuestro himno litúrgico, se aplica a Jesús en cuanto el profeta anuncia de Yahveh: es ante él que toda rodilla se dobla y es de él de quien toda lengua confiesa el señorío absoluto.

[15] Este concepto expresa cómo el Hijo de Dios se vació o se despojó de sí mismo al hacerse humano, aceptando humildemente todos los límites de nuestra condición (hasta la muerte).

[16] En griego se usa aquí el sustantivo ἁρπαγμός que se refiere a un objeto al que uno se aferra o del que uno se aprovecha.

[17] Los dones preternaturales son aquellas gracias especiales que, según la doctrina católica, Dios concedió a los primeros seres humanos: Inmortalidad, impasibilidad, integridad y ciencia infusa. Con el pecado original, estos dones fueron perdidos.

El Espíritu Santo y Pablo

Kyrios o «Señor» es el título que se le otorga al Mesías: «Toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor» (v. 11). Se trata de una profesión de fe muy antigua (cf. Hch 2,36; Rm 10,9; 1Cor 11,23; 12,3; 16,22), utilizada especialmente en ambiente litúrgico.

> Existen pruebas de que el título *kyrios* empezó a usarse desde muy temprano en los orígenes de la Iglesia y de que no es el producto de la helenización del cristianismo. El grito en arameo μαράνα θά (¡Ven, Señor! 1Cor 16,22), que seguramente surgió o en la comunidad de Palestina o en aquella de Antioquía de Siria, muestra que, antes de que Pablo escribiera sus cartas, ya se invocaba a Jesús como a un Señor divino que había regresado a su pueblo. Si los primeros cristianos hubieran visto a Jesús solamente como un ya fallecido maestro judío no se hubiera usado jamás este tipo de invocación. El hecho de que esta invocación se haya conservado en lengua aramea y se haya trasliterado al griego atestigua que tuvo un lugar especial en la devoción a Cristo de los primeros cristianos[18].

De hecho, es en el contexto de la liturgia donde Saulo Pablo aprendió a llamar a Jesús *Kyrios*. Esta expresión se convirtió para el tarsiota en el título cristológico por excelencia[19].

El vocablo *kyrios* era ampliamente utilizado en el Imperio Romano. Al emperador se le llamaba de esa manera, subrayando, por un lado, su supremacía política y jurídica, y por otro, su divinidad. Como mencionamos en una de las cartillas anteriores, en la época de Pablo, los emperadores romanos eran considerados dioses a quienes los habitantes del Imperio debían rendir culto. En los textos religiosos de Asia Menor, Siria y Egipto, el nombre kyrios también se aplicaba a deidades como Isis, Osiris y Serapis.

Saulo Pablo, buen conocedor del contexto de su tiempo, al comprender el uso que se le daba en el Imperio Romano a este sustantivo, afirma con toda claridad que el Mesías Jesús es el Señor.

Pero ¿por qué es tan relevante el título *Kyrios* aplicado a Jesús? Recordemos que, en la tradición judía, el nombre sagrado de Dios, escrito con las consonantes YHWH (conocido como Tetragrama divino) era considerado impronunciable por respeto y reverencia. En su lugar, los judíos usaban el término Adonay («mi Señor»). Cuando el *Tanak* (las Escrituras hebreas) fue traducido al griego en el siglo III (año 250 a.C.), los traductores utilizaron la palabra griega *Kyrios* (Señor) para sustituir el Tetragrama divino.

En consecuencia, cuando Pablo llama *Kyrios* a Jesús está expresando su divinidad. Por ser Señor, o sea, Dios, Jesucristo tiene el dominio sobre todo lo creado y el derecho a ser adorado por la creación. Él es Omnipotente, Omnisciente y Omnipresente al igual que el Padre.

---

[18] B. Witherington III, «Christology», en: G.F. Hawthorne, R.P Martin, ed., *Dictionary of Paul and his Letters,* 101.

[19] Cf. J.A. Fitzmyer, *Teología de San Pablo*, 24-25 (versión digital). Téngase en cuenta que, en epistolario paulino, después de θεός, los sustantivos que más aparecen son Χριστός, 382 veces, y κύριος, 274 veces, de las cuales 217, aproximadamente, se refieren directamente al Mesías.

3.3. Rm 9,4-5

El tercer y último texto que merece nuestra atención es este:

> Son israelitas; de ellos es la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas, y los patriarcas; de ellos también procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén[20].

Aunque hemos citado los versículos 4 y 5 en su conjunto, nuestro análisis se centrará exclusivamente en la parte final del v. 5, la cual, como señala con acierto Romano Penna, «representa una *crux interpretum* típica»[21], es decir, un pasaje particularmente difícil y debatido en la exégesis bíblica.

La pregunta fundamental que surge es: ¿De quién se está hablando en la doxología que aquí aparece? ¿Quién es el «Dios bendito por los siglos»? ¿El Cristo o el Padre[22]? La traducción que hemos usado, tomada de la Biblia de Jerusalén Latinoamericana, va en la línea de la primera posibilidad, o sea, es Cristo «el Dios bendito»[23]. Esta interpretación, lejos de ser una cuestión arbitraria, se fundamenta en sólidos argumentos que analizaremos brevemente .

El texto griego se abre con la expresión ὁ ὤν (ho ōv), que traduce «el que es». Esta expresión está conectada directamente con Christos, el cual es o está «por encima de todas las cosas».

Inmediatamente después aparece el sustantivo Theos que, en nuestra interpretación - coincidente con la de muchos estudiosos - no introduce una nueva frase referida al Padre, sino que continúa la descripción de Cristo que viene haciendo Pablo[25]. Si el apóstol hubiera querido introducir aquí una doxología independiente dirigida al Padre, lo más probable es que hubiera usado, como es habitual en el Antiguo y en el Nuevo Testamento[26], el término eulogētos («bendito») al comienzo de la frase.

---

[20] La doxología, aquí subrayada, aparece así en el texto griego: ὁ ὢν ἐπὶ πάντων θεὸς εὐλογητὸς εἰς τοὺς αἰῶνας, ἀμήν. Textualmente se traduciría de esta manera: «El que es/que está *(participio presente activo sustantivado)* sobre todo/todas las cosas Dios bendito en los siglos».

[21] Cf. R. Penna, *Carta a los Romanos,* 957.

[22] Una propuesta de traducción, si consideramos la doxología como referida al Padre: «Aquel que está por encima de todo, Dios, es (sea) bendito por los siglos».

[23] Sugestiva es la explicación que ofrece la Biblia apenas mencionada al versículo que nos ocupa: «La doxología se dirige a Cristo. Pablo siempre lo tiene presente en su realidad concreta de Dios hecho hombre (cf. Flp 2,5s; Col 1,15), pero le da el título divino de Señor (cf. Flp 2,9s; Hch 2,21) y el de Hijo de Dios (cf. Rm 1,3-4; 5,10; 8,3). Este último título (cf. Mt 4,3; Jn 1,14) no lo ha recibido Cristo solamente en la resurrección (cf. Rm 1,4) porque él posee en persona toda la divinidad (cf. Col 2,9; Tt 2,13; 1Jn 5,20), asociado en todo al Padre y al Espíritu (cf. 2Cor 13,13)».

[24] Cf. Thomas R. Schreiner, *Romans*, 487-488. Véase también: N.T. WRIGHT, «*The Letter to the Romans», en: The New Interpreter's Bible,* Volume X, 630-631

[25] Cf. Douglas J. Moo, *The Epistle to the Romans*, 568.

[26] Algunos ejemplos de esto: Gn 9,26: «¡Bendito sea Yahveh, el Dios de Sem». 1Re 1,48: «Bendito Yahveh, Dios de Israel, que ha concedido hoy que un descendiente mío se siente sobre mi trono». Sal 66,20: «¡Bendito sea Dios, que no ha rechazado mi oración ni su amor me ha retirado!». Lc 1,68: «Bendito el Señor Dios de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo». 2Cor 1,3: «¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de los misericordias y Dios de toda consolación!». Ef 1,3: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo».

Otro elemento que debemos tener en cuenta es que resulta poco verosímil pensar que Pablo, en medio de un discurso cargado de dolor por la incredulidad de Israel (Rm 9,1-3), interrumpa abruptamente su argumento para introducir una doxología al Padre. Por el contrario, tiene más sentido comprender que el apóstol, con la doxología, no interrumpe el discurso, sino que lo intensifica: Israel no solo ha rechazado a un compatriota suyo «según la carne», sino que ha despreciado nada menos que al mismo Cristo, quien comparte la naturaleza divina con el Padre. Esto hace aún más dramático y doloroso el lamento del tarsiota.

Algunos estudiosos objetan la interpretación que acabamos de presentar[27], argumentando que en ninguna otra parte del corpus auténtico de Pablo Jesús es explícitamente llamado Theos. Sin embargo, esta objeción pierde fuerza si consideramos el conjunto de la teología paulina. Como hemos visto en el análisis de pasajes anteriores, el apóstol atribuye al Mesías títulos y características que en la tradición bíblica pertenecen exclusivamente a Dios. Por ejemplo, en Rm 10,13, citando Joel 3,5, san Pablo, haciendo referencia a Cristo, asevera: «Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará». En Rm 10,12-14 y 1Cor 1,2, el apóstol reconoce la legitimidad de invocar a Cristo en la oración, un gesto reservado solo a Dios. Además, en varios saludos y fórmulas de bendición pone al Padre y al Hijo al mismo nivel (Rm 1,7; 1Cor 1,3; 2Cor 13,13), evidenciando la íntima comunión y la unidad de naturaleza entre ellos[28].

4. El Espíritu Santo y Pablo[29]

En la literatura paulina[30] el sustantivo *pneuma* («espíritu») aparece 146 veces, de las cuales entre 112 y 115 se refieren directamente al Espíritu Santo[31]. Este dato revela la centralidad que el Espíritu ocupa en la teología del apóstol de las gentes. Esta profunda valoración del Espíritu, Pablo la aprendió en las comunidades creyentes con las que tuvo oportunidad de convivir y compartir. En estas iglesias, la presencia y el poder del Espíritu se manifestaban a través de signos prodigiosos, dones espirituales y la proclamación audaz y sabia del evangelio, incluso en contextos de grandes dificultades (1Cor 12,4-11; 1Ts 1,5; Ga 3,1-5). Para los miembros de estas comunidades, el actuar del Espíritu Santo era la prueba tangible de que la era mesiánica había llegado, cumpliéndose las esperanzas de Israel, que veía en la venida del Mesías el momento en que el Espíritu descendería con poder sobre todo el pueblo (Ez 36,26-27; Joel 3,1-5 [2,28-32]).

Muchas cosas podríamos decir sobre el Espíritu en la literatura paulina:

El Espíritu de Dios justifica (1Tm 3,16), santifica (2Ts 2,13; Rm 15,16), habla (1 Tim 4,1), enseña (1Cor 2,13), revela (1Cor 2,10), da el conocimiento del misterio (Ef 3,5), intercede (Rm 8,26). Anima y construye el cuerpo del cristiano como cuerpo del Cristo que es la Iglesia (1Cor 12 y Ef 2,18.22), ya que habita en los corazones y los hombres son su morada (1Cor 3,16; Rm 8,11; 2Tm 1,14)[32].

[27] Cf. Romano Penna, *Carta a los Romanos,* 958-959. Es muy útil consultar los argumentos que aparecen en Bruce M. Metzger, *Un comentario textual al Nuevo Testamento griego,* 455-458. Véase también: James D.G. Dunn, *Romans,* II. 9 – 16, *Word Biblical Commentary,* Volume 38B, 528-529.

[28] Cf. Charles Ernest Burland Cranfield, *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Romans,* 468.

[29] Para el desarrollo de este numeral nos hemos basado, principalmente, en: AA.VV. *Vocabulario de las Epístolas Paulinas,* CB 88, 29-30; T. PAIGE, «Holy Spirit», en: G.F. Hawthorne, R.P Martin, ed., *Dictionary of Paul and his Letters,* 404-412; J.A. Fitzmyer, *Teología de San Pablo,* 31 - versión digital.

[30] Tenemos en cuenta aquí las 13 cartas atribuidas a Pablo.

[31] Dependiendo de la interpretación que se haga de algunos textos, en los que no es muy claro a qué se refiere el apóstol.

[32] AA.VV. *Vocabulario de las Epístolas Paulinas,* CB 88, 30.

[Él es] Espíritu de poder (cf. 1Cor 2,4; Rm 15,13) y la fuente del amor, la esperanza y la fe cristiana; libera al hombre de la Ley (cf. Ga 5,18; Rm 8,2), de los «deseos de la carne» (Ga 5,16) y de toda conducta inmoral (Ga 5,19-24). El don del Espíritu constituye la filiación adoptiva (cf. Ga 4,6; Rm 8,14), asiste al cristiano en la oración (cf. Rm 8,26) y hace que el cristiano conozca, de modo especial, su relación con el Padre[33].

Nos detendremos solo en algunos aspectos que consideramos útiles para la comprensión de la pneumatología paulina.

4.1. ¿Quién es el Espíritu Santo para Pablo?

El epistolario paulino no ofrece una definición teológica sistemática del Espíritu; más bien, Pablo comunica una experiencia de su presencia y de su obrar. Esto explica no solo la abundancia de los títulos atribuidos al Espíritu[34], también las distintas menciones de la rica variedad de manifestaciones carismáticas en las comunidades eclesiales[35].

Para el apóstol, el Espíritu Santo es un ser que pertenece plenamente a la esfera divina, por encima de cualquier otra realidad espiritual o intermediario entre Dios y los hombres (1Cor 2,11). Esta pertenencia al ámbito divino fundamenta y explica su íntima relación con el Padre y con el Mesías, participando de su misma naturaleza y misión.

A diferencia de ciertas concepciones presentes en el judaísmo helenístico, donde el Espíritu era visto como una fuerza impersonal o incluso manipulable mediante ciertas prácticas, el fariseo de Tarso enfatiza que el Espíritu Santo es libre, soberano y personal. No se le puede controlar ni instrumentalizar[36]. Al respecto, en 1Cor 12,11 el apóstol asegura que el Espíritu distribuye sus dones «según su voluntad».

Precisamente por esta libertad, las manifestaciones del Espíritu en la vida de los creyentes son diversas y adaptadas a cada situación. Para algunos, el Espíritu se hace presente como una experiencia sobrecogedora del amor de Dios (Rm 5,5); para otros, como fuente de alegría en medio de la prueba (1Ts 1,6); para otros más, como luz que disipa la ceguera espiritual y permite comprender el plan de Dios (2Cor 3,14-17) o como poder liberador que rompe las cadenas del pecado (Rm 8,2; 2Cor 3,17) o como fuerza transformadora que renueva moralmente al creyente (1Cor 6,9-11) o como dador de carismas que enriquecen y edifican a la comunidad cristiana (1Cor 1,4-7; Ga 3,5)[37].

[33] J.A. Fitzmyer, *Teología de San Pablo,* 31 - versión digital.

[34] «El Espíritu» (Ga 3,2.3.5.14; 2Cor 2,4; 1Ts 5,9); «Espíritu Santo» (Rm 5,5; 9,1; 14,17; 15,13.16; 1Cor 12,3; 2Cor 6,6; 1Ts 1,5.6); «Espíritu de Dios» (1Cor 2,11.14; 3,16; 6,11; 7,40; 12,3; 2Cor 3,3; Rm 8,9.14; Flp 3,3); «su Espíritu Santo» (1Ts 4,8; Ef 3,16; 4,30); «el Espíritu que proviene de Dios» (1Cor 2,12); «el Espíritu que ha resucitado a Jesús de entre los muertos» (Rm 8,11); «Espíritu de Cristo» (Rm 8,9; Flp 1,19); «el Espíritu de su Hijo» (Ga 4,6); «el Espíritu del Señor» (2Cor 3,17); «Espíritu de santificación» (Rm 1,4); «Espíritu de vida» (Rm 8,2); «Espíritu de filiación» (Rm 8,15), etc.

[35] Pablo describe con detalle estas manifestaciones en textos como 1Cor 12 – 14, donde menciona una diversidad de dones que el Espíritu distribuye para el bien común: palabra de sabiduría, palabra de conocimiento, fe, dones de curación, poderes milagrosos, profecía, discernimiento de espíritus, lenguas y su interpretación. A esto se suman otros dones que aparecen en pasajes como Rm 12,6-8 (servicio, enseñanza, exhortación, generosidad, presidencia, compasión), Ef 4,11-12 (apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, maestros), 1Ts (profecía, discernimiento).

[36] Así lo evidencia el episodio de Simón el mago (Hch 8,18-19).

[37] James D.G. Dunn, «Espíritu, Espíritu Santo», *Nuevo Diccionario Bíblico.*

Estas manifestaciones del Espíritu no están restringidas a unos pocos privilegiados. Esto contrasta, por un lado, con los cultos místericos, que limitaban el acceso a quienes poseían conocimientos secretos y, por otro, con algunos ritos judíos reservados exclusivamente a los miembros del pueblo elegido por Dios. Pablo presenta al Espíritu Santo como un don universal, accesible a todos aquellos que se abren a la obra redentora de Cristo. Este es, precisamente, uno de los aspectos más fascinantes de la teología paulina respecto al Espíritu Santo: la universalidad. El Espíritu es ofrecido a todos los seres humanos, sin importar su raza, origen cultural o religión (Ga 3,28).

Para san Pablo, la condición indispensable para recibir al Espíritu Santo es la fe en Cristo (Ga 3,2.14). Es la fe la que abre al creyente a la acción transformadora del Espíritu. Ahora bien, esa fe se concreta sacramentalmente en el bautismo, momento en el que el creyente es incorporado a Cristo y participa del don del Espíritu (1Cor 6,11; 12,13).

Para finalizar, conviene recordar que todo cuanto el apóstol enseña acerca del Espíritu Santo está profundamente enraizado en el Primer Testamento. Las Escrituras de Israel ofrecen el sustrato teológico y simbólico que permite a Pablo interpretar y comunicar la acción de aquel que, en «la plenitud de los tiempos», será revelado como la Tercera Persona de la Trinidad[38].

4.2. La relación del espíritu con el Mesías y con el Padre

Cristo es quien comunica el Espíritu a los creyentes y, al mismo tiempo, es el Espíritu quien hace presente a Cristo en la existencia concreta de sus discípulos. El Espíritu es quien suscita la confesión auténtica de Jesús como Señor (cf. 1Cor 12,3). Todo lo que contradiga o distorsione esta confesión no procede del Espíritu de Dios.

Para hablar de la estrecha conexión entre el Mesías y el Espíritu, Pablo recurre a fórmulas como «Espíritu de Cristo» (Rm 8,9), «Espíritu de Jesucristo» (Flp 1,19), «Espíritu del Hijo» (Ga 4,6), «Espíritu del Señor» (2Cor 3,17). La unidad entre Jesús y el Espíritu es tan íntima que el tarsiota llega a afirmar con contundencia que no se puede pertenecer a Cristo a menos que se tenga el Espíritu (Rm 8,9), no se puede estar unido a Cristo si no es por el Espíritu (1Cor 6,17), no se puede compartir la herencia de Cristo como Hijo si no se comparte su Espíritu (Rm 8,14-17; Ga 4,6ss), no se puede ser miembro del cuerpo de Cristo si no se es bautizado en el Espíritu (1Cor 12,13).

El Espíritu Santo es el canal mediante el que el Mesías ejerce su señorío sobre la Iglesia: la guía, instruye, anima y santifica. Esto no significa que el Espíritu no tenga autoridad directa sobre ella; al contrario, su autoridad sobre la Iglesia es plena, igual a la del Padre y a la del Hijo (1Cor 12,11.28).

[38] En el Primer Testamento, cuando se menciona al «Espíritu de Dios», no se está haciendo alusión a la Tercera Persona de la Trinidad, tal como será comprendida en la revelación cristiana posterior. En efecto, las Escrituras Sagradas de Israel no revelan explícitamente el misterio trinitario tal como lo formulará más adelante el cristianismo, especialmente en los Concilios Ecuménicos de los primeros siglos. En los textos veterotestamentarios, el «Espíritu» representa la presencia activa de Dios en el mundo, especialmente en su relación con la creación y con su pueblo elegido, Israel. No se trata de una persona distinta dentro de una divinidad trina, sino del mismo Dios obrando con poder y sabiduría (Gn 1,2; Ex 31,3; Nm 11,25; Is 11,2).

La relación del espíritu con el Mesías y con el Padre

En cuanto a la comunión con el Padre, es el Espíritu quien hace posible que los creyentes comprendan, acojan y asuman el plan de salvación de Dios (1Cor 2,12). Además, es él quien derrama el amor divino en sus corazones (Rm 5,5), un amor que no se limita a una experiencia interior, sino que se proyecta en una vida fraterna concreta. Asimismo, es el Espíritu quien infunde en los discípulos una confianza filial semejante a la del Hijo Eterno, de manera que ellos puedan clamar con plena familiaridad: «¡Abbá, Padre!» (Rm 8,15; Ga 4,6).

Aunque el Espíritu está íntimamente unido al Padre y al Hijo, Pablo deja claro que es una realidad distinta de ambos (1Cor 12,4-6; 2Cor 13,13)[39].

4.3. El actuar del Espíritu Santo[40]

4.3.1. Espíritu de sabiduría

La sabiduría, según san Pablo, es el conocimiento revelado de Dios en Cristo. Esta no nace del esfuerzo intelectual humano ni de las tradiciones filosóficas grecorromanas, sino que es un don que tiene su origen en Dios mismo. Solo el Espíritu Santo puede comunicar este don a los hombres, ya que él es quien conoce en profundidad los misterios del Padre y sus designios eternos (1Cor 2,10-16). Toda sabiduría puramente humana, por brillante que parezca, resulta limitada e insuficiente para penetrar en los pensamientos y en los caminos del Señor (cf. Is 55,8-9).

En 1Cor 1,18–2,16, Pablo confronta con firmeza a los cristianos de Corinto, quienes, influenciados por las corrientes culturales de su tiempo – sean las exigencias de los judíos o la búsqueda de sabiduría de los griegos – pretendían ajustar el mensaje del evangelio a los parámetros de su entorno social (1Cor 1,22). Pero en esta pretensión fallaban en lo esencial: no comprendían la grandeza del misterio de la cruz. Para el apóstol de las gentes, el Crucificiado no es un escándalo ni una necedad, sino precisamente el centro luminoso de la sabiduría divina, el lugar donde Dios ha revelado su poder salvador de modo más sorprendente y paradójico (1Cor 1,23-24; 2,2.6-12).

Todo esto no puede ser entendido desde los criterios mundanos o desde una lógica puramente racional, antes bien, solo puede ser comprendido y asimilado por quien posee la sabiduría que otorga el Espíritu. Los razonamientos humanos son limitados y, no pocas veces, se oponen al actuar generalmente misterioso de Dios (1Cor 1,18-25).

Para concluir, conviene recordar que la sabiduría de la que habla el apóstol de Tarso no es un conocimiento abstracto o especulativo. Lejos de reducirse a ideas o teorías, se expresa en la vida concreta, en el discernimiento cotidiano de la voluntad de Dios y en una existencia que se configura según ella (Ef 5,15-17). Es una sabiduría que se vive en comunión fraterna (Col 3,16), al servicio de los hermanos y marcada siempre por la virtud de la humildad.

[39] En el *Corpus Paulinum* sólo Jesús es descrito como el Hijo del Padre (cf. Rm 1,3; Ga 4,4); sólo él tiene una naturaleza humana (cf. Rm 1,3; 8,3; Ga 4,4; Flp 2,7); sólo él murió «por nuestros pecados» (1Cor 15,3; Rm 5,8; 2Cor 5,15), resucitó y está sentado a la diestra de Dios (Col 3,3; Flp 2,9). Nunca se dicen estas cosas del Espíritu Santo.

[40] Para la descripción del actuar del Espíritu Santo nos basamos principalmente en: T. PAIGE, «Holy Spirit», en: G.F. Hawthorne, R.P Martin, ed., *Dictionary of Paul and his Letters,* 406-412.

Mientras que la sabiduría del mundo, tan amada por los corintios, busca el engrandecimiento personal, la que proviene del Espíritu Santo conduce a la glorificación de Dios y a la entrega generosa de sí mismo. En definitiva, la sabiduría de la cruz es la que desconcierta las aspiraciones humanas de poder y éxito, y revela que el camino de la verdadera grandeza pasa por el amor, el servicio y la autodonación, a ejemplo de Jesucristo, el Servidor por excelencia.

4.3.2. Fuerza de Dios

A la hora de hablar del Espíritu Santo como «fuerza de Dios», Pablo recurre una vez más al Primer Testamento, donde el Espíritu aparece como el dinamismo divino que actúa en la historia y capacita a los siervos de Dios (Jue 14,6; Miq 3,8; Sab 7,7). El apóstol es plenamente consciente de que los frutos de su predicación, así como los de los demás misioneros de Cristo, no se deben a capacidades humanas, sino a la presencia operante del Espíritu Santo. Esta convicción se expresa de manera conmovedora en 2Cor 4,7-10:

Llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.

Este «tesoro» que portan los apóstoles del Mesías en la fragilidad de su existencia es el evangelio (2Cor 4,5-6), y la «fuerza tan extraordinaria» que sostiene y anima su misión no es otra que el Espíritu Santo. Esta fuerza divina se manifiesta de múltiples maneras, pero de modo particular en los signos y prodigios que acompañan la predicación evangélica (cf. 1Ts 1,4-6; 1Cor 2,4-5; Rm 15,18-19), confirmando que la eficacia de la misión no depende de estrategias humanas, sino de la acción del Espíritu.

Un texto posterior, perteneciente a las cartas tritopaulinas, ilustra con notable claridad esta misma enseñanza. En 2Tm 1,7-8, el autor recuerda a Timoteo que el Espíritu recibido no es «un espíritu de cobardía». En griego, cobardía se dice deilia que significa «temor paralizante frente a la oposición». Timoteo ha recibido más bien «Espíritu de poder» (dynamis), que fortalece para el testimonio valiente. Este Espíritu es también «Espíritu de amor» (agapē), que impulsa a la entrega generosa, y «Espíritu de dominio propio» (sōphronismos), que concede prudencia, equilibrio y discernimiento en el ejercicio del ministerio.

Esta tríada de dones (poder, amor, dominio propio) asegura que el ministerio de Timoteo no se apoya en recursos meramente humanos, sino en la obra transformadora del Espíritu que capacita interiormente a quienes son llamados a anunciar el evangelio, incluso en medio de pruebas y persecuciones.

El v. 8 contiene una exhortación directa: «No te avergüences, pues, del testimonio que has de dar de nuestro Señor». Este llamado deja ver que el anuncio del evangelio conlleva, inevitablemente, un carácter contracultural y puede generar rechazo o marginación social. No obstante, el Espíritu Santo habita en el creyente para sostenerlo en la fidelidad y en la valentía, superando cualquier temor. De hecho, el verbo sygkakopatheō («sufrir juntamente con»), empleado en este versículo, subraya la dimensión profundamente cristológica del ministerio: anunciar el evangelio no solo implica compartir los sufrimientos de los apóstoles perseguidos, también participar en los padecimientos mismos de Cristo. La lógica de la cruz es la que atra-

viesa toda la existencia cristiana (Rm 8,17), y la que Pablo interpreta como una gracia: «Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por ustedes, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).

Así, la «fuerza de Dios» no elimina el sufrimiento, pero lo transfigura. Es una fuerza que sostiene en la fragilidad, que da valor en la adversidad y que transforma la debilidad humana en espacio de manifiestación de la gloria de Dios (2Cor 12,9).

4.3.3. La vida nueva en el Espíritu

Entre todos los autores neotestamentarios, Pablo establece con mayor claridad y profundidad el vínculo inseparable entre el Espíritu Santo y la vida nueva que el creyente recibe en Cristo.

Para el tarsiota, el Espíritu es el protagonista indiscutible de la transformación interior: es él quien capacita al discípulo para abandonar la existencia dominada por la carne - es decir por el egoísmo, el pecado y la debilidad humana - y lo impulsa a vivir como un hombre pneumatikos, es decir, espiritual, (1Cor 2,15).

Este nuevo estado no se reduce a un cambio externo o moral, sino que implica un proceso radical de regeneración interior, una verdadera nueva creación, mediante la cual el creyente recibe una identidad renovada en Cristo (2Cor 5,17; Ga 6,15). Esta transformación hace posible discernir la voluntad de Dios y vivir de acuerdo con ella, llevando una existencia que le agrade en todo (Rm 12,1-2; 1Ts 4,1; Ef 5,10).

Este dinamismo de la vida nueva es expuesto de modo magistral en el capítulo ocho de la carta a los Romanos, considerado por muchos «el evangelio del Espíritu». Aquí Pablo describe con hondura y belleza cómo es la existencia de quien se deja guiar por el Espíritu. Una vida caracterizada:

- por la libertad respecto del pecado y la muerte (8,2)
- por la orientación hacia las realidades divinas, que producen en el corazón del creyente vida y paz (8,6)
- por una íntima relación filial con Dios Padre, quien adopta al creyente como hijo y le hace partícipe de su herencia (8,14-17)

Para expresar esta realidad espiritual, Pablo recurre a imágenes muy elocuentes: «ser guiados por el Espíritu» (Rm 8,14) y «caminar según el Espíritu» (Rm 8,4; Ga 5,16.25). La primera metáfora resalta la docilidad y la apertura del creyente a la acción divina, mientras que la segunda subraya la colaboración activa y libre del discípulo en el proceso de conversión. Ambas expresiones muestran que la vida nueva no es fruto de un esfuerzo humano autónomo, sino el resultado de una permanente y gozosa dependencia del Espíritu, quien actúa como principio interior de renovación, fortaleza y discernimiento.

La vida en el Espíritu no es un acontecimiento puntual ni un momento aislado en la historia personal del creyente, sino un camino constante de maduración en la fe. Es un proceso dinámico, en el que el Espíritu va modelando al creyente, configurándolo cada vez más a la imagen de Cristo, que es el hombre nuevo y perfecto, plenamente reconciliado con Dios (Ef 4,23-24). Este trabajo interior del Espíritu no se limita a los pensamientos o deseos, sino que abarca toda la persona, transformando su modo de ser, de pensar, de sentir y de actuar: nada queda excluido de la acción regeneradora del Espíritu.

Ahora bien, esta obra del Espíritu no solo tiene efectos personales, sino que posee una dimensión profundamente eclesial: todo creyente renovado es llamado a integrarse en la comunidad de los discípulos. La transformación personal que obra el Espíritu se convierte, así, en una contribución concreta a la edificación del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Por eso, Pablo anima a la libre manifestación de los diversos dones del Espíritu (Rm 12,3-8; 1Cor 12,4-11.27-31; Ef 5,18ss; 1Ts 5,19ss), siempre al servicio del bien común. Al mismo tiempo, exhorta a las comunidades a ejercer el discernimiento: toda palabra, gesto o manifestación espiritual debe ser puesta a prueba, confrontada con la sabiduría de Cristo y la caridad que él encarnó (1Cor 2,12-16; 13; 14,29; 1Ts 5,19-22).

4.4. El Espíritu Santo y la escatología

En la teología paulina, el Espíritu Santo es comprendido como una realidad escatológica anticipada: su presencia en la Iglesia constituye la prueba viva de que la salvación prometida ha comenzado a realizarse y de que la restauración definitiva inaugurada por el Mesías está en marcha. Por eso, Pablo describe al Espíritu como «arras» y «primicias». Veamos el significado de estas dos imágenes.

- «Arras»: se trata de un término tomado del ámbito jurídico-comercial, que designa el primer pago realizado al momento de cerrar un acuerdo, con el compromiso de completar más adelante el resto del importe pactado. Aplicado al Espíritu, este concepto expresa que él es el anticipo real y eficaz de la herencia futura que el seguidor del Mesías recibirá plenamente en la consumación de los tiempos (2Cor 1,22; 5,5; Ef 1,13-14; 4,30). Dios mismo, al entregar su Espíritu, se compromete irrevocablemente con el cumplimiento total de la salvación ya iniciada en su Hijo.

- «Primicias»: este concepto proviene del mundo agrícola y cultual del Antiguo Testamento, donde las primicias eran los primeros frutos de la cosecha ofrecidos a Dios en señal de gratitud y como símbolo de consagración de toda la producción (Ex 23,19; Dt 26,1-11). Pero también tenían un carácter anticipatorio y representativo: las primicias eran la garantía de que la cosecha entera estaba por venir.

Pablo usa la metáfora de las primicias en Rm 8,23, donde afirma que los creyentes poseen «las primicias del Espíritu». ¿Qué significa esto?

- En primer lugar, que el Espíritu es el primer don escatológico que el discípulo recibe por su fe en Jesús. En el tiempo presente, marcado aún por el pecado y la muerte, el Espíritu es la primera expresión tangible de la nueva creación que Dios ha comenzado en su Hijo.

- En segundo lugar, que tener al Espíritu es ya vivir — aunque de manera parcial y provisoria — la realidad futura de la comunión plena con Dios. El creyente no solo espera la vida eterna: ya la está gustando (2Cor 5,5).

- Finalmente, quien posee al Espíritu está ya separado para Dios. Así como en la tradición bíblica las primicias implican consagración y compromiso, así el sellado por el Espíritu está consagrado para una existencia nueva, anticipando lo que será la vida gloriosa en comunión con Dios.

El Espíritu es, pues, el mediador por excelencia del futuro escatológico. Él hace irrumpir ya en el presente los bienes prometidos para el «último día». Quien lo posee experimenta, en germen, lo que recibirá cuando el reino mesiánico haya llegado a su plenitud, el juicio se haya ejecutado y todos los enemigos de Dios hayan sido derrotados (Rm 8,18-25; 2Cor 1,22; 5,5; Ef 1,13-14; 4,30). Este mismo Espíritu mantiene en los creyentes la viva consciencia de que están camino, peregrinando hacia la consumación de la promesa. Como señala Pablo en Rm 8,19.23:

> La creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios […] Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo.

En este camino hacia la plenitud, el Espíritu reviste a los creyentes de esperanza (cf. Rm 5,2.5; 8,23-25), asegurando que ellos no serán desilusionados, pues aquello que les es anticipado por el mismo Espíritu realmente se realizará: ellos participarán en la gloria de Dios, toda su existencia será renovada y la creación entera transformada (Flp 3,20-21; 1Cor 15,51-57).

El Espíritu no solo comunica esperanza, también recubre de fortaleza a los discípulos del Mesías, permitiéndoles experimentar en sus vidas la victoria final del Mesías sobre las fuerzas del mal. Esto los hace fuertes en la lucha contra las potencias que se oponen a Dios.

4.5. El Espíritu Santo y el culto

Con la pregunta dirigida a los corintios: «¿No saben que son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?» (1Cor 3,16; cf. 6,19), Pablo subraya que el aspecto fundamental del culto al Señor no radica en el lugar físico o el edificio sagrado donde se lleva a cabo, sino en la acción del Espíritu Santo en el interior de los creyentes. Este principio es reafirmado en Filipenses: «Los verdaderos circuncisos somos nosotros, los que damos culto en el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, sin poner nuestra confianza en la carne» (Flp 3,3).

Para Pablo, el culto es el ámbito privilegiado donde el Espíritu Santo se manifiesta. En este contexto, el Espíritu concede diversos dones a los creyentes, cuya finalidad principal es la alabanza a Dios y la edificación de la comunidad. Entre estos dones, los relacionados con el hablar inspirado ocupan un lugar destacado. De manera particular, Pablo enfatiza la importancia de la profecía (cf. 1Cor 12,10; 14,1-5.39), un don que edifica, exhorta y consuela a la comunidad. El apóstol fomenta activamente su práctica, advirtiendo que despreciarla o prohibirla equivale a «apagar al Espíritu» (1Ts 5,19-20).

Además de la profecía, Pablo menciona otros dones de habla inspirada, como la palabra de sabiduría y la palabra de conocimiento (cf. 1Cor 12,8). También destaca el don de lenguas o glosolalia, que requiere interpretación para ser edificante para la comunidad (cf. 1Cor 14,1-5.13-19.39). Incluso el canto de himnos, parte integral del culto, es entendido como una acción promovida por el Espíritu, quien inspira la música y la alabanza, guiando a la Iglesia en su adoración (cf. 1Cor 14,15.26).

No es posible hablar del culto sin aludir a la oración, ya sea personal o comunitaria, pues constituye un elemento esencial de la vida de fe. Es el Espíritu Santo quien inspira y sostiene la oración, transformándola en un encuentro profundo de intimidad y confianza con Dios Padre. Por medio del Espíritu, el creyente es llevado a dirigirse al Padre con la familiaridad y ternura de quien le llama «¡Abbá!» (cf. Rm 8,15-16; Ga 4,6), expresión que revela una relación filial y amorosa.

Además, el Espíritu Santo actúa como maestro interior de los discípulos, enseñándoles a orar conforme a la voluntad divina (cf. Rm 8,26). En su papel de intercesor, el Espíritu presenta las necesidades del creyente ante el Padre, mediante «gemidos inefables» que expresan lo más profundo del corazón humano (cf. Rm 8,27).

Consciente de que el culto — y, en particular, la oración — constituye un ámbito privilegiado para la acción del Espíritu Santo, Pablo exhorta a los creyentes a perseverar en la oración «en el Espíritu» (cf. Ef 6,18). Este llamado subraya la importancia de hacer del encuentro con Dios no solo un acto ocasional, sino una práctica continua y esencial en la vida cristiana.

4.6. Lo opuesto al Espíritu

Saulo Pablo habla en repetidas ocasiones acerca del Espíritu y la carne como dos realidades antagónicas, dos modos de existencia profundamente opuestos. La carne (sarx) representa al ser humano en su condición caída: frágil, egocéntrico, autosuficiente y reacio a someterse a la voluntad divina (Rm 8,7-8). Es el régimen del viejo Adán, que inevitablemente conduce a la corrupción y a la muerte (Rm 5,12; 8, 6a).

En contraste, el Espíritu es principio de vida, libertad y comunión con Dios, fuente de paz interior y de esperanza escatológica (Rm 8,6b).

Por eso, Pablo exhorta frecuentemente a sus comunidades a vivir cada día bajo la guía del Espíritu, renunciando a las obras de la carne y dejando que la vida nueva en Cristo transforme sus acciones y deseos (Rm 8,12-14; Ga 5,16-26; 1Cor 6,18-20).

Una existencia transformada por el Espíritu se manifiesta en lo que el apóstol denomina el fruto del Espíritu: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí» (Ga 5,22-23). Lo opuesto al fruto del Espíritu son las obras de la carne: «fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, ambición, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, comilonas y cosas semejantes» (Ga 5,19-21).

Mientras que las obras de la carne surgen de un corazón centrado en sí mismo y cerrado a la gracia, el fruto del Espíritu es el resultado de una vida abierta a la acción de Dios, dócil a su impulso interior.

PARA SEGUIR PROFUNDIZANDO

E. Arens. *Asia Menor en tiempos* de *Pablo, Lucas y Juan.* Córdoba: Ediciones El Almendro, 1995.

E.W. Stegemann y W. Stegemann. Historia social del cristianismo primitivo. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2001.

J. alvar (Ed.). *Cristianismo Primitivo y religiones mistéricas.* Madrid: Ediciones Cátedra, 1995.

J. ALVAR. «Transferencias entre los misterios y el cristianismo: problemas y tendencias». En *Antigüedades Cristianas* 14 (1997).

R. Aguirre monasterio (ED.). *Así empezó el cristianismo*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2010.
_____ *Así vivían los primeros cristianos*. Estella (Navarra): Verbo Divino 2017

R. Penna. *El ADN del cristianismo.* Madrid: Editorial San Pablo, 2014.

_____ *Ambiente histórico y cultural de los orígenes del cristianismo,* Bilbao: Desclée de Brouwer, 1994.

S. Guijarro Oporto. «Cristianos en el mundo». En *Salmanticensis* 48 (2001).

W.A. Meeks. *Los primeros cristianos urbanos*. Salamanca: Sígueme, 1988.

W.W. Jaeger. *Cristianismo primitivo y Paideia griega.* Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2017.

Lo opuesto al Espíritu

FUNDACION UNIVERSITARIA UNIMONSERRATE

SAN PABLO

MAESTRO DE LA IGLESIA Y APÓSTOL DE LOS PUEBLOS

Cuarta entrega

EDITORIAL UNIMONSERRATE